

deraba Worth de la de San Cosme. En ésta la fuerza mejicana era cortísima, y apenas tenían quien llevase á los soldados las municiones que necesitaban. Cuando menos se esperaba, se emprendió la retirada y se abandonó el punto, replegándose la corta fuerza á la ciudadela, sitio á donde se fueron reuniendo todas las tropas situadas en diversas partes. En la toma de estas puertas, los norteamericanos no manifestaron arrojo ni valor. Su avance fué lento y protegido siempre por los arcos del acueducto, y marchando en ligeros grupos. Las puertas, en fin, fueron mas bien abandonadas por falta de número de defensores para cubrir las trincheras, que tomadas por el arrojo y esfuerzo de los invasores. A las tropas mejicanas les faltó un director, y esto les proporcionó el triunfo á los norteamericanos.

Al recibir el batallon Victoria la orden de abandonar las puertas del Niño Perdido y de San Antonio, rehusó obedecer, y lejos de retirarse, se ocupó en batir á las partidas invasoras que se presentaban por las calzadas de aquellos rumbos. Al batallon Hidalgo, que se componia de los empleados del Gobierno, se le mandó que se situase en Santa Isabel, despues de haberse portado dignamente.

Una fuerza como de seiscientos hombres con que el gobernador del Estado de Méjico, D. Francisco Modesto Olaguíbel, se acercó aquel mismo dia á la ciudad, en los instantes de verse atacado Chapultepec, penetró en la tarde en la capital, y se unió en la ciudadela á todos los demás cuerpos que se habian reconcentrado en aquel punto. Solamente quedaban en los sitios indispensables

de la entrada de la ciudad, así como en el palacio, algunas ligeras fuerzas.

Deseando Santa-Anna escuchar el parecer de los generales y jefes respecto á si seria conveniente continuar la defensa de la capital ó abandonarla, llamó á los principales y se celebró una junta de guerra. Asistieron á ella el general Alcorta, que era ministro de la Guerra, los de igual graduacion D. Francisco Perez y D. Manuel Lombardini, el general D. Martin Carrera, comandante de artillería, D. Francisco Modesto de Olaguíbel, gobernador del Estado de Méjico que, como dejo dicho, llegó en aquella tarde con seiscientos hombres, el abogado Betancourt y D. Domingo Romero, ayudante del general Santa-Anna.

1847. Era esto al principio de la noche. El general Santa-Anna, que presidia la junta, manifestó que, en vista de los tristes acontecimientos de aquel dia, deseaba escuchar el pensamiento de cada uno de los que formaban la reunion, respecto á lo que debia hacerse. Tomó entonces la palabra el general D. Martin Carrera, y despues de pintar la pérdida de la moral de las tropas, de enumerar los muchos cañones, fusiles y municiones que habian quedado en poder de los norte-americanos, y de exponer otras razones que completaban el triste cuadro que presentaba la situacion del ejército, terminó diciendo que juzgaba que ningun buen resultado produciria el continuar la defensa de la ciudad. Suplicándole entonces el general Santa-Anna al Sr. Olaguíbel á que emitiera su opinion, contestó que no siendo militar temia no hablar con el acierto de los peritos en el arte de la guerra, y que por lo mismo deseaba que los entendidos

en ella expusiesen sus ideas, estando él resuelto á seguir lo que resultase de aquella junta, puesto que su deseo no era otro que servir á la patria en aquellos instantes de angustia. Tomó entonces la palabra el general Lombardini, y ampliando las reflexiones hechas por el general Carrera, opinó por que se evacuase la ciudad. De igual opinion fueron los generales Alcorta y Perez, que tomaron á su vez la palabra. Solo el abogado Betancourt habló en términos irresolutos, sin decidirse ni por el abandono de la capital ni por la defensa.

Oida la opinion de todos, D. Francisco Modesto Olaguíbel tomó por segunda vez la palabra y dijo: que oido el juicio formado por los generales y teniendo en consideracion la importancia del asunto que se iba á resolver, era de opinion que antes de abrazar una resolucion definitiva, se convocase una junta mas numerosa de generales y jefes en palacio, y que allí, con asistencia de los ministros y de personas de las mas notables, se ventilase aquella delicada cuestion, de vital trascendencia para la patria. Habiendo hecho la anterior observacion el Sr. Olaguíbel, tomó la palabra el general Santa-Anna, que habia formado ya su resolucion, y pronunció estas terminantes palabras, no considerando atendibles las observaciones de Olaguíbel: «Yo determino que se evacue esta misma noche la ciudad, y nombro al Sr. Lombardini general en jefe, y al general Perez su segundo.» Resuelta así la cuestion, se dispuso que saliese inmediatamente la caballería que ascendia á cuatro mil hombres, y que la infan-

1847. tería, que no bajaba de cinco mil, lo verificase á las dos de la mañana.

El general Lombardini, hecho una vez cargo del mando del ejército, envió los ayudantes necesarios con orden para que se retirasen las tropas de las posiciones que ocupaban, y que sin pérdida de momento se dirigiesen á la puerta de Peralvillo, donde debia hacerse algo. La precipitacion con que se hicieron las cosas, dió lugar á que se olvidase de comunicar la misma orden á las fuerzas que guarnecian las puertas del Niño Perdido, el punto de la Profesa, de San Fernando, San Francisco y otros que cubrian el servicio de la plaza. El primero que emprendió la marcha fué el general D. Juan Alvarez, con trescientos hombres de infantería del Sur, y con la caballería dividida en dos brigadas, mandada una por el general D. Manuel Andrade y la otra por el general Quijano. Esta fuerza atravesó por la villa de Guadalupe, en donde dejó al regimiento de Húsares y al escuadron de Veracruz, y continuó su marcha hasta San Cristóbal, que dista cinco leguas de Méjico. La artillería y el material de guerra que estaba en la ciudadela, empezó á salir á eso de las once de la noche, no siendo posible sacar todos los cañones por falta de mulas, á la vez que por la premura del tiempo. La infantería, dividida en cuatro secciones, tomó por diversas calles para hacer mas fácil la marcha y reunirse en la puerta de Peralvillo. La primera seccion, compuesta de los nacionales de Toluca, la mandaba el gobernador Olaguíbel: mandaba la segunda el comandante de batallon Arroyo, la cual se componia de los batallones Tula, Iturbide y Lagos: la tercera, que se componia de diversas partidas de distintos cuerpos, estaba á las órdenes del general Martinez; y la cuarta la

mandaba el general Perez, compuesta de los restos de los cuerpos ligeros y del 11 de línea.

1847. A medida que las divisiones llegaban á la puerta de Peralvillo, iban haciendo alto en espera de las otras que se aproximaban. Reunidas al fin todas, el general Lombardini dispuso que se continuase la marcha hácia la villa de Guadalupe. Santa-Anna, que se encontraba ya en ella, ordenó que la infantería se dirigiese á Tlalnepantla, que dista tres leguas, en el camino que conduce al interior del país ó tierra-dentro. La desercion, que empezó desde el instante en que se abandonaba la capital, continuó hasta la villa de Guadalupe, y se hizo mayor al continuar la marcha.

La oscuridad de la noche favorecia aquella desercion. La precipitacion con que se procedió al abandono de la capital fué de notable perjuicio para la poblacion. Santa-Anna, sin dejar fuerza ninguna para cuidar del orden de la ciudad, sin dar aviso ninguno á las autoridades y sin tomar las debidas precauciones para salvar los archivos y los libros de las oficinas del Gobierno, fué el primero en salir de la capital para esperar á sus tropas en la villa de Guadalupe.

El Ayuntamiento de Méjico, que se habia manejado con el mas ardiente patriotismo durante las afflictivas circunstancias de la guerra, al tener noticia de que la ciudad iba á ser abandonada, nombró una comision para que se acercase al general Herrera y se informase de lo que pasaba. Cerciorado, por la contestacion que se le dió, de la verdad del hecho, dispuso en el acto obrar como correspondia. El Ayuntamiento de Méjico, animado del mas

puro y ardiente patriotismo, habia deseado el triunfo de las armas de su nacion; pero no por esto olvidó ni descuidó su primera obligacion como inmediato representante del pueblo inerme. Guiado, pues, por el anhelo de llenar cumplidamente sus deberes en aquellas aflictivas circunstancias, hizo una protesta y las proposiciones dignas que envió al campo de los invasores, nombrando una comision de su seno para que las presentase al general en jefe norte-americano Scott, con el objeto de que la sociedad se libertara de la espantosa anarquía que la amenazaba. La comision se dirigió á la una y media de la madrugada del dia 14 al general Scott, que se hallaba en Tacubaya, le presentó la protesta y proposiciones, y no regresó sino hasta que el expresado general ofreció por su propio honor, por el de su ejército y por el de la nacion á que pertenecia, hacer cumplir todas aquellas garantías que fuesen compatibles con la seguridad de su ejército, ofreciendo igualmente seguir tratando del pormenor de las que se pedian, luego que ocupase la capital. En la protesta, decia el Ayuntamiento de Méjico, que «protestaba del modo mas solemne, á nombre de sus comitentes, ante la faz del mundo y del general en jefe del ejército norte-americano, que si los azares de la guerra habian puesto á la ciudad en poder de las fuerzas de los Estados Unidos del Norte, nunca fué su ánimo someterse voluntariamente á ningun jefe, persona ni autoridad, sino á las que emanaban de la Constitucion federal, sancionada por el Gobierno de la República mejicana, fuera cual fuere el tiempo que de hecho durase la dominacion extraña». Firmaban la expresada protesta D. Manuel R. Veramendi,

D. Juan María Flores y Terán, D. Vicente Pozo, D. Lucio Padilla, D. Rafael Espinosa, D. Juan Urbano Fonseca, D. Agustin Diaz, D. José María Bonilla, D. Mariano de Beraza, D. Juan Palacios, D. Pedro Tello de Meneses, D. Leandro Pinal, D. Mariano de Icaza, D. José María Aguayo, D. José María Zaldivar, D. Antonio Balderas, D. Antonio Castañon, D. José María de la Piedra y el abogado D. Leandro Estrada.

1847. Mientras se habia redactado la anterior protesta y las proposiciones que la comision del Ayuntamiento presentó al general Scott, las fuerzas invasoras, ignorantes de lo que pasaba, permanecian dueñas de las puertas de Belen y de San Cosme, sin atreverse á avanzar un solo paso mas durante la noche. El general Quitman permaneció en la de Belen, con todas las precauciones debidas, y el general Worth se contentó con disparar á cosa de la media noche algunas bombas al centro de la ciudad.

Al amanecer del dia 14, la poblacion se sorprendió de encontrarse sin defensores. El pueblo, á quien Santa-Anna le habia hecho creer en sus proclamas que la ciudad se defenderia á todo trance, hasta el grado de haberse desempedrado algunas calles para subir las piedras á las azoteas y arrojarlas desde allí á los invasores, quedó helado de asombro al saber que el ejército se habia retirado á la villa de Guadalupe. La evacuacion de la ciudad indignó á la multitud, que juzgaba que, con cerca de 10,000 hombres de tropas disciplinadas, 4,000 que compendrían los cuerpos de la guardia nacional, y con el numeroso pueblo que estaba dispuesto á la lucha, era

mas que suficiente para impedir la entrada á 8,000 invasores, que era el número de soldados con que contaba disponibles el ejército de Scott.

Pero el abandono de la ciudad era, á pesar de aquellas reflexiones, una realidad. La guardia nacional habia recibido orden de disolverse, y aunque sentian hacerlo, fué necesario verificarlo, y se retiraron los individuos que la componian á sus casas, llevando cada uno su fusil y poniendo en salvo cada batallon su respectiva bandera. Cuando el general norte-americano Quitman se ocupaba en la puerta de Belen, en preparar sus baterías para romper al rayar la aurora sus fuegos sobre la ciudadela, se presentaron á él con bandera blanca, unos mensajeros del punto que pensaba atacar, invitándole á que ocupase la expresada ciudadela, abandonada ya por Santa-Anna. Era la madrugada del 14 cuando acontecia esto; y el general Quitman, dejando una guarnicion en la puerta de la ciudad, tomó posesion del punto ofrecido, y envió una fuerza como de quinientos hombres hácia la Plaza de Armas de Méjico, que se halla en el centro de la ciudad. Aquella fuerza, sostenida de una batería ligera, marchó por las calles principales, y al llegar á la plaza, quedó formada en el Empedradillo, enfrente al palacio nacional en que aun ondeaba el pabellon mejicano que habia quedado puesto.

1847. Las seis daba el reloj de la catedral, cuando, desprendiéndose de la columna que estaba formada, y seguido de un grupo de soldados, se dirigió hácia el palacio el capitán Roberts, del regimiento de rifles, llevando en la mano el pabellon de los Estados Unidos que debia reemplazar al mejicano. Pronto á la bandera del

águila, que cayó arriada, sucedió la de las estrellas que se elevó tremolando triunfante. Aquella escena la presenciaron muy pocos mejicanos, pues la mayor parte de la poblacion no salia aun de sus casas é ignoraba que hubiesen abandonado la ciudad las tropas de Santa-Anna. Pronto, sin embargo, se extendió la noticia de lo que pasaba, y las calles y la Plaza de Armas empezaron á llenarse de gente que no se atrevia á dar crédito á lo que oia. Pero la duda duró poco. El pabellon de los Estados Unidos enarbolado en el palacio nacional, y un manifiesto del Ayuntamiento colocado en las esquinas, eran cosas que no dejaban lugar á la duda. Millares de personas se acercaban á leer aquel manifiesto que les daba á conocer la triste realidad de los hechos, y que estaba concebido en estos términos: «El alcalde primero del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, encargado por la ley del gobierno del distrito federal, hace saber á los habitantes de éste: que abandonada la capital por las fuerzas que la defendian, han entrado los norte-americanos, despues de que una comision del Excmo. Ayuntamiento propuso al jefe de éstas, que la ocupacion fuera pacífica y que se respetaran las vidas y propiedades de los moradores de la misma ciudad. A la civilizacion del ejército que la ha ocupado, deben corresponder los habitantes de ella, sin bajeza, pero con la debida moderacion. Mientras los mejicanos pudieron resistir, resistieron noblemente; y cuando la fortuna les fué esquiva, cuando el ejército abandonó la capital, es indudable que toda hostilidad por nuestra parte, sobre ser ineficaz para la patria, seria imprudente en las actuales circunstancias y á toda luz vituperable. Reservando, pues,

á la nacion los negocios que á ella, y solo á ella, le conciernen, el deber de todos los habitantes inermes de la capital es de conducirse del modo mas moderado y pacífico. Compatriotas: confiad en que la Municipalidad se ocupará sin descanso de arreglar con el general de las tropas norte-americanas cuanto pueda conducir á la conservacion del orden y tranquilidad pública, al respeto debido á las garantías individuales y á los derechos sociales del hombre. Mejicanos: convencido de vuestra moderacion, se ha decidido á continuar en las presentes circunstancias, en un tan difícil como penoso puesto, vuestro compatriota y amigo sincero.—Méjico, Setiembre 14 de 1847.—*Manuel R. Veramendi.*»

Pero por mucho que el pueblo comprendiese que la prudencia debia dictar sus actos en aquellos momentos, no podia resignarse á ella, y rebelándose su espíritu contra la fria reflexion, manifestaba su ódio y su indignacion. Las palabras, los murmullos que se escuchaban por todas partes, los grupos de personas que se veian en las boca-calles manifestando su ódio á los invasores, dejaban presentir una próxima y terrible lucha. A las nueve de la mañana, tres horas despues de haber entrado en la ciudad la columna del general Quitman, que colocó el pabellon de las estrellas en el palacio de Méjico, llegó el general Scott, seguido de una lucida escolta. Scott era uno de los hombres mas corpulentos del ejército invasor: su cabeza enteramente cana, pero bien hecha, daba un aspecto venerable á su fisonomía franca y noble: no usaba ni patilla ni bigote, pues siempre iba completamente afeitado: sus ojos azules y de regular tamaño, revelaban inteligencia

y bondad: el uniforme que vestia era sencillo, como sus costumbres, y en su trato se veia al hombre de buenas maneras y de generoso corazon, dispuesto siempre á la piedad.

1847. Los balcones de los edificios de las calles de San Francisco, Profesa y de Plateros se veian llenos de gente que, llena de curiosidad, esperaba ver pasar al general en jefe del ejército norte-americano. En muchos de aquellos balcones se veian tremolar banderas de distintas naciones, indicando la nacionalidad de los individuos que en cada casa vivian, precaucion de que se habian valido todos los extranjeros para libertarse, en caso de que hubiese algun conflicto entre invasores y mejicanos, de ver allanados sus hogares. El general Scott, montado en un arrogante caballo, y seguido, como he dicho, de su escolta, penetró por las expresadas calles, saludando á la gente que estaba en los balcones, y penetró en el palacio nacional.

En aquellos momentos un tiro salió de una casa del callejon de Lopez. El hombre que lo disparó se apellidaba Esquivel. Su objeto habia sido matar al general Worth, que se habia detenido, á caballo, en la esquina del expresado callejon; pero la bala, en vez de matar á Worth, fué á dar sobre el coronel Garland, hiriéndole en una pierna. A la detonacion de aquel tiro siguieron otros mil y mil por distintos puntos de la ciudad, como si aquél hubiera sido la señal de un combate. Los norte-americanos, creyendo que se les hubiese hecho caer en una celada, prepararon sus armas y se dirigieron hácia el sitio de donde habia salido el primer tiro, preguntando, los que algo sa-

bian el español, quién había sido el que lo había disparado. En medio de las amenazas hechas, dos personas denunciaron al coronel Carbajal, que corrió gran peligro de ser fusilado.

Al ruido de los tiros, la gente cerró los balcones y las puertas de las casas, y las calles quedaron desiertas de curiosos. Las balas cruzaban por las boca-calles que tenía que pasar el ejército norte-americano y que eran de Santa Brígida, Vergara y Coliseo, Espíritu Santo y San José el Real, Empedradillo y Monterilla, Flamencos y Seminario. La mayor parte de los nacionales que tenían sus fusiles, salían de sus casas, y reuniéndose en grupos, hacían fuego sobre los norte-americanos, causando en éstos bastantes víctimas, á la vez que la gente del bajo pueblo esgrimía su puñal sobre todo soldado que se desviaba un poco de sus filas.

Sufre un error muy sensible el apreciable historiador norte-americano Horacio Greeley al asentar que «el general Santa-Anna, antes de abandonar la ciudad, había puesto en libertad á todos los presos de las cárceles, asegurando que se entregaron por espacio de dos ó tres días al robo y al asesinato, y que ellos fueron los que tuvieron la osadía de hacer fuego á los norte-americanos desde las azoteas de las casas y desde las ventanas» (1). La justicia y la verdad histórica exigen manifestar que no cometió esa falta el general Santa-Anna, exponiendo á la sociedad honrada á ser víctima de gente criminal, y que los individuos que rompieron el fuego sobre las tro-

(1) *Historia de los Estados Unidos.*

pas que entraron en la capital, estaban muy lejos de haber habitado las cárceles. El mismo error sufre el expresado historiador, debido sin duda á falsos informes, al asentar que «la parte sensata de los habitantes prestó voluntariamente sus auxilios» contra los que disparaban sus armas desde las azoteas y boca-calles sobre el ejército de Scott. Nadie dió el paso referido, y todas las familias cerraron las puertas de sus casas, temiendo los horrores de una lucha sangrienta. Pronto la ciudad se convirtió en un campo de batalla. Los invasores colocaron sus cañones en diferentes puntos, y empezaron un terrible fuego de artillería dirigido hácia las calles de donde recibían el daño.

1847. El general Scott, viendo atacadas á sus tropas de aquella manera, dió orden á sus soldados para que toda casa de donde saliese contra ellos algun tiro, fuese derribada, saqueada y se matase á cuantos se encontrasen en ella. El Ayuntamiento de Méjico, al tener noticia de aquella terrible orden, nombró una comision de su seno para que fuese á alcanzar del general Scott las seguridades y garantías prometidas; pero la contestacion que alcanzó fué severa, pues contestó que nada podía conceder mientras los habitantes se manifestasen hostiles. En vista de aquella resolucion, el Ayuntamiento, celoso de sus deberes y de la seguridad de la poblacion, publicó en la mañana del mismo día 14 de Setiembre una proclama que se fijó en todas las esquinas de las numerosas calles de la capital, pidiendo á los que habían tomado las armas, á que dejaran su actitud hostil, para evitar desgracias al vecindario y conseguir garantías del